

EL ENIGMA DEL TARRO DE ALFAJORES

José Luis Najenson

“La vida es demasiado pobre para no ser, también,
inmortal” (Jorge Luis Borges)

PROEMIO DEL AUTOR

Hay un proverbio que dice: “Si Dios te concede el privilegio de tener un hijo, sé su maestro hasta los diez años, su padre hasta los veinte, y su amigo hasta la muerte”. El autor de estas páginas siguió a pie juntillas el refrán y se dio cuenta de que se había equivocado, que quizá hubiera sido mejor “enrocar” los dos últimos consejos, siendo amigo del joven y padre del adulto. Si se ha sido un buen maestro durante la infancia del hijo, no hará falta ser un padre estricto en su juventud; adoptando en cambio el papel del amigo, poniéndose en el punto de mira de la siguiente generación, lo comprenderá mejor en su adolescencia, la más difícil etapa de la vida. Habrá tiempo y ocasión de ser padre después, los adultos se equivocan más que los jóvenes, sean padres o hijos.

En esta novela, escrita específicamente para un lector juvenil, los protagonistas esenciales tienen esa edad homérica, de 13 a 18 años. A menudo, los verdaderos “ritos de pasaje” se cumplen en esta tempranísima juventud, sobre todo los que atañen al despertar del amor y el sexo, ya sea separados o juntos, si se tiene la suerte de experimentar esto último.

Los dos personajes centrales de esta breve nouvelle, uno de los cuales es el relator, no cumplen el rol de “héroes”, sino más bien el de “víctimas”, como en algunas tramas clásicas. No obstante, sus raíces no están en la leyenda o el mito, sino en la azarosa cualidad de la vida. Su sombra trágica es una herencia del género y contribuye a la tensión del drama. Sin este último, la prosa se convierte a menudo en una mera recolección, más o menos bella, de hechos banales.

Cierta reiteración en algunas bebidas y golosinas se debe a la nostalgia de las preferidas en la infancia y la primera juventud, cuyos sabores

insuperables nos parecen resabios de un paraíso perdido, aunque este paraíso también tenga -por secretos miradores- repentinas vislumbres del infierno; ambos, sin duda, están en este mundo.

Que mi lector no espere, empero, moralejas ni finales felices, porque esa es mi traición al esquema clásico. Pero tal vez disfrutará del relato como si se lo estuviera contando un amigo.

* * *

PREFACIO DEL RELATOR (que no es el autor, pero sí co-autor y personaje de la novela misma)

Amén de ser una novela para jóvenes, la que voy a narrar es también una de viajes. Se dice que “partir es morir un poco”. Pero para quien relata estos curiosos hechos, partir, viajar, es revivir un poco, renovarse, salir de la quietud cotidiana de quien permanece encerrado en el villorrio, en el barrio, o en la peor cárcel de todas: en sí mismo.

Para mí, cada partida es una liberación, aun si se trata de un recorrido ficticio, salido de la pluma de un escritor de viajes, como la del relator de esta novela, aunque no me haya movido de mi asiento frente al computador. Esta es una de las escasas recompensas del oficio, que no necesariamente implica la existencia de un escritor viajero.

A diferencia de Hemingway, Dumas y otros célebres autores de novelas y cuentos de aventuras, que son también para jóvenes, yo sólo me traslado de mi tranquila ciudad fluvial de Rosario a la marina y bochinchera Mar del Plata, una vez por año, para las vacaciones de verano. Jamás he ido a otro lugar ni abandonado el país, ya que estas fantasiosas salidas de mí mismo me dejan totalmente satisfecho, sin necesidad de emprender otro tipo de odiseas.

Con justicia replicareis: “¿Cómo es posible escribir sobre un viaje que no se ha hecho, describir un paisaje que no se ha visto, hablar de gente con la que uno no se ha cruzado nunca?” Os respondo: astucia del oficio. Me basta con el Internet y una buena imaginación: dos o tres topónimos, la visión virtual de algunos parajes, el resto lo pongo yo.

No me siento culpable por eso, ni pienso que estoy estafando al lector. Al fin y al cabo, la gran mayoría de los viajes de la gente son aburridos, reiterativos, intrascendentes, como mis propias escapadas veraniegas, y lo bueno de los libros de viajes está en lo que el escritor inventa. No sé si la literatura imita a la vida o viceversa, pero estoy seguro de que, en general,

la realidad es siempre más aburrida que la ficción. O, como dijo Mario Vargas Llosa en su magnífico discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura 2010: “Inventamos las ficciones para poder vivir de alguna manera las muchas vidas que quisiéramos tener cuando apenas disponemos de una sola”

Excepto, debo admitirlo, durante este viaje a Mar del Plata, en el cual ocurrieron cosas extraordinarias. Fue también el único digno de ser narrado tal como sucedió. Yo iba anualmente a esas playas sólo a gozar de los placeres, sobre todo los que atañen a los pecados capitales de la gula y la concupiscencia, pero esta vez me fueron revelados ciertos enigmas que dieron lugar a un nuevo y diferente viaje, y, consecuentemente, a un nuevo y diferente libro, concebido junto con el autor, al que hemos titulado “El tarro de alfajores”, nombre muy marplatense. Todo ello con la anuencia de la “Morocha”, personaje y heroína del mismo a quien pronto conoceréis, que me animó a concluirlo antes de emprender, con ella, otro viaje.

* * *

PRIMERA PARTE

RUMBO A "MARPLA"



El tarro de alfajores marplatenses

I. Visita a la Bruja Betsabé

El mismo día de mi viaje nocturno a Mar del Plata, como todos los veranos, fui a ver a la Bruja Betsabé, vidente y agorera; superstición ésta adquirida el último año del Colegio nacional antes de entrar a la Universidad, que luego abandoné para dedicarme a escribir relatos de viajes.

Era tradición entonces, entre los alumnos egresados de aquella casa de estudios -que nada tenía que ver con las enseñanzas de la misma- pagarle una visita a esa bruja para consultarla sobre el porvenir de cada uno, en ese momento crucial de la vida.

Aquella primera vez, a finales de los cuarenta del siglo XX, fuimos todos los futuros alumni, 33 en total, un viernes a medianoche, sin luna ni estrellas como lo exigía la costumbre, heredada desde hacía muchos años. Estos requisitos eran estrictos, so pena de ir en vano, pues, de no cumplirlos no nos franquearían la entrada..

Cuando pregunté por qué, los jóvenes mayores que nos habían pasado el dato, respondieron vagamente que ella era una bruja noctámbula y amaba las tinieblas.

Llegamos a su rancho que estaba siempre a oscuras, sito en la costanera del Río Paraná, en las afueras de Rosario. No había faroles prendidos ni ventanas abiertas. Los pájaros nocturnos graznaban como poseídos y los escuerzos croaban esperando la lluvia.

Fuimos entrando, como nos dijeron, uno a uno y en silencio, luego de echar suertes para decidir los turnos. Me tocó el número 13, y los otros me miraron con aprensión. A cada cual se le otorgaba más o menos una media hora, y después debía irse por otra puerta, en la parte trasera, lindante con los campos. No podía juntarse con los demás hasta el otro día.

La casa no era más que una tapera restaurada, de adobe caleado, sin intersticios, que no dejaba ver luz alguna, ni siquiera la de un farol a kerosén. Sin embargo, y a pesar de la noche nublada, los muros brillaban tenuemente en la penumbra como si escondieran una lumbre interior, sobrenatural.

Al ver esto, cuya explicación no supe nunca, algunos de mis condiscípulos huyeron de allí para no volver; pero mi número 13 se mantuvo a pesar de todo. Sin embargo, no me trajo mala suerte inmediata, ni la tuve durante varios años.

Ella, la bruja, no salía a la puerta para llamar al que le tocaba, sino su ayudante, Griselda, una enana que parecía una niña de cuatro o cinco años. Con una vocecita casi inaudible, pronunciaba el número tres veces. Si nadie respondía pasaba al siguiente.

Los que aguardábamos nuestro turno nos arracimamos en torno a un eucaliptus gigantesco y solitario que había en el patio, cuyas hojas caían sobre el río aromando la brisa y la espera.

Hablábamos en susurros, transmitiéndonos los temores del momento, y yo recordé aquella frase de Borges, a quien ya leíamos entonces: “no es valiente el que no ha tenido miedo”, y supe que tenía razón. Porque cuando escuché mi número embolsado en la siniestra noche, perdí todo el miedo que había ido juntando.

Entré resueltamente siguiendo a la enana que, para mi asombro, de cerca tenía rasgos armoniosos y un cuerpo proporcionado, así pareciese el de una niña pequeña. “Buena muestra del arte bruja”, me dije, barruntando cómo sería la propia bruja. Adentro, los muros refulgían con el mismo, suave resplandor que afuera.

Griselda me condujo de la mano hasta la habitación central, donde sí ardía, en un pozo, un fuego casi invisible, y el humo negro escapaba por una chimenea abierta confundándose con la oscuridad exterior.

La Bruja Betsabé me esperaba, sentada como una matrona, en una especie de trono de caoba con extraños signos tallados. No tenía edad pero se veía muy joven, salvo los ojos, quizá a causa de la sabiduría o el tiempo oculto en ellos.

Además, contra todos los estereotipos, era sumamente agraciada y mostraba su bello cuerpo sin vergüenzas, ceñido en una túnica calada que resaltaba sus encantos. La cabellera larga y lacia de color azabache también centelleaba levemente, como las paredes, en la negritud humosa del cuarto. Su belleza, empero, lejos de intimidar, atraía.

- Dame tus manos -dijo con su voz grave, algo impostada.

Después de observarlas minuciosamente, tiró las cartas del Tarot Egipcio y me miró los ojos con una especie de lente pequeño, como el que usan los oculistas.

- Yo veo lo que ellos no ven -aclaró- y viceversa. El fondo de ojo es como un mapa estelar, con astros, lunas y planetas.

Luego de un examaen que duró apenas unos minutos, pero que me parecieron siglos, afirmó:

- Por ahora no hallo problemas, sino un futuro feliz y lleno de éxito. Las Musas te halagarán. Pero cada vez que salgas de viaje no dejés de visitarme antes. ¿Me lo prometés?
- ¿Por qué? -le pregunté suponiendo que no me lo diría, o que yo no entendería.

Ella hesitó un instante, pero enseguida me respondió:

- El Carro de Fuego se ve empañado por una nube -y me mostró la dos cartas que había arrojado sobre su propio regazo-También en tu mano izquierda la línea larga está sesgada por una corta, y en el fondo de tus ojos aparece con más claridad todavía, porque Mercurio, el dios sabio y viajero, mensajero de los dioses, tiene los pies enredados por la serpiente del caduceo¹. Sé que me entendés, porque has tenido el tino de leer algo sobre mi arte antes de venir...
- Es verdad -admití- ¿Qué puedo hacer para evitar ese peligro?
- Sólo lo que te dije: vení a verme antes de salir de viaje; así creas que será el más maravilloso de tu existencia.

Hechizado por la cercanía y los efluvios que emanaban de ella, le juré que así lo haría.

Y ahora -concluyó- vamos a la cama. Allí te contaré algunos

- secretos para triunfar en la alcoba como en la vida. Mi óbolo es oneroso, pero incluye esos placeres, además del horóscopo. Como ves, practico los dos oficios más antiguos del mundo...

La seguí obedientemente hasta el lecho, cerca del fuego votivo, sin asombrarme demasiado; porque ese aspecto del ritual ya me lo habían contado, aunque sin detalles, los egresados del año anterior: “Es la puta más fina del mundo, y la más sabia”. “Es como acostarse con una sacerdotiza antigua, o su diosa rediviva”. En esa época, por lo demás, acostarse con una ramera era algo común, casi inevitable, debido a la pacata sociedad de entonces.

¹ Caduceo: insignia de Mercurio, vara con alas y serpientes entrelazadas

Al otro día, el último de clases, a la salida del Colegio nos reunimos todos los que habíamos estado con la Bruja Betsabé para intercambiar opiniones y advertir a los futuros “iniciados”, si así puede llamárseles.

Escuché todos los vaticinios y muchos me quedaron grabados en la memoria. De algunos de éstos, años más tarde, me acordé cuando se cumplieron; fortunas y desgracias combinadas, como en el mosaico ajedrezado que simboliza la vida en su conjunto: tiempos luminosos, tiempos aciagos...

No dejé de visitar a la Bruja Betsabé cada vez que partía de mi ciudad, y también lo hice el día del viaje que se narra en las páginas siguientes. Nunca puso reparos, pero en esta ocasión, su pronóstico fue sombrío:

- Te ruego que no viajes, tengo malos presentimientos. Acordate de lo que te dije la primera vez sobre el Carro de Fuego y el dios Mercurio...
- No me pasará nada -argüí- y me tinca que en este viaje encontraré a la mujer de mis sueños. ¿Qué opinás sobre esto?
- La hallarás, pero a un precio demasiado alto. Más no puedo decirte...
- ¿Tampoco dónde está el peligro?
- Lo ignoro, sólo sé que te acecha. Las fuerzas que están detrás de eso son demasiado poderosas, incluso para mí. Vuelvo a pedirte encarecidamente que no viajes, recordá tu promesa.
- Yo prometí venir a verte antes de cada viaje, no que iba aceptar siempre tus sugerencias.
- Es verdad, pero hasta ahora me hiciste caso y nada malo te ha ocurrido...

Desdeñé su consejo, no obstante, y a pesar de mi promesa emprendí el viaje.
Hoy sé que no estoy arrepentido de haberlo hecho, a pesar de todo.

* * *

II. Indicios de la partida

Todavía lejos del mar, en la estación terminal de Rosario, anticipé la presencia de "Marpla" -como la llamábamos entonces los jóvenes adictos a ella- y las delicias que allí me esperaban.

En la vitrina de un quiosco atendido por un dependiente soñoliento, en medio de un bosque de chucherías, colgaba, como una joya, el tarro de alfajores Habana. Envuelto en papel celofán, lucía un extraño diseño: una especie de collage hecho con fotografías arcaicas que me llamó poderosamente la atención.

¿Son frescos? - le pregunté en alta voz para sacarlo de la modorra.

- Señor - respondió como si lo hubiera ofendido - estos alfajores, además de su bonito envase, están cubiertos con un papel de plata que los conserva por años.
- Pero el calor húmedo de esta ciudad fluvial, como Ud. sabe, los puede ablandar o echar a perder...
- Abra el tarro y tóquelos si no me cree; ¡están tan duros como su cabeza! - y comenzó a desenvolver el paquete, a su propio riesgo.

Reí de su ocurrencia, y le dije:

- Si están tan duros como mi cabeza, tampoco son comestibles...
- Es un decir; le aseguro, por la mía, que están perfectos.
- Bueno, démelos no más, le creo - y le dejé el vuelto de los veinte pesos, a lo que respondió, sorprendido:
- ¡Gracias, Señor; buen viaje!

El parlante en sordina desde la torre de vigilancia anunciaba la llegada de mi ómnibus: “El Dorado”, un pullman de lujo que había partido de Córdoba a las 8:00 p.m. del día anterior y continuaría hacia Mar del Plata a las 2:30 a.m., haciendo escalas en San Nicolás y Pergamino.

Tenía tiempo de tomar un café y probar los maravillosos alfajores, así como de observar mejor el curioso collage, del que no podía apartar los ojos, bajo una luz potente de neón. Una vez en el coche, la diminuta lamparilla individual apenas serviría para contemplar las volutas de humo en mi asiento de la sección "fumadores", en la parte trasera del vehículo.

Los dos primeros alfajores me supieron a ambrosía, y pedí otro café para bajar los dos siguientes, mientras estudiaba el collage. Eran dos escenas contiguas y parcialmente superpuestas, con el aire arcaico de los años cincuenta – estábamos a finales de los 60’ - reflejado en las vestimentas y en un soberbio automóvil Volkswagen sport, rojo, de aquella época, que cruzaba casi toda la circunferencia del tarro. La primera era un grupo de vacacionistas muy jóvenes, dos varones y una chica, casi una niña, que comían alfajores y bebían un brebaje oscuro frente a un mostrador atendido por mozos de blanco y otros con altos gorros de pastelero; presumiblemente en la sala de recepción de la fábrica Habana. Los tres jóvenes estaban ataviados según la moda turística de esos días, con pulóveres de color crudo, pantalones y polleras holgados, remeras de hilo rojo bajo las camisas a cuadros o blusas estampadas.

Aunque las fotos tenían el tono desvaído de los primeros rollos en color, se notaba que la chica era rubia, uno de los varones pelirrojo y el otro de cabello castaño claro. Los tres se miraban entre sí atravesados por la silueta del automóvil de lujo, como un triángulo insoluble de amores compartidos y frustrados. La bebida no podía ser otra que Coca-Cola, en los primeros tiempos después de su llegada al país, cuando era una novedad que conquistaba rápidamente a la juventud. La expresión del pelirrojo al probar la bebida era inconfundible, de extrañeza y placer al mismo tiempo; en tanto el otro y la chica saboreaban cada uno un alfajor de distinta clase.

En la segunda escena aparecían de nuevo los tres jóvenes y otra chica de cabellos oscuros, que aparentemente nada tenía que ver con el triángulo y esperaba con paciencia su turno para acercarse al mesón y hacer su pedido. Era tan bella como la rubia, de la misma edad, y sus ojos brillaban como carbunclos en la palidez del rostro. Seguramente eran negros, pero se veían de un granate oscuro por la pátina del color desleído.

Su silueta lindaba, a ambos lados, con las puertas del auto rojo. Al hábil diseño se sumaba algo que no podía definir aún, un cierto aire de misterio que no poseía la claridad de la imagen fotográfica – ese instante de vida preservado de la erosión del tiempo – y que sólo podría definir diciendo que yo mismo estaba allí, invisible, contemplándolo todo con un sentimiento de oscura fatalidad.

Cuando estaba bebiendo el último sorbo de café, ya se habían acomodado los pasajeros en tránsito y llamaban a los que subíamos en Rosario. Con razón digo "subíamos" porque la puerta de acceso era tan alta que se requería una escalerilla para acceder al ómnibus. Una azafata de tierra, con uniforme dorado, me escoltó hasta mi sitio, colocando el maletín en el porta equipajes. Los asientos independientes ya estaban todos ocupados por los cordobeses, de modo que me tocó uno doble, pero aún vacío.

Al rato pasó la jovial camarera preguntando solícitamente: – ¿Qué desea tomar? La bebida es a discreción y durante toda la noche – le pedí una ginebra doble a las rocas y me dispuse a echar un sueñito, acunado por el ronroneo del motor y el licor entre pecho y espalda.

Pero no pude conciliar el sueño. Las imágenes del tarro de alfajores rondaban a mi alrededor, cual efigies de una calesita que no puede detenerse. Dado que tampoco podía leer, no sólo por la escasa luz sino a causa de la velocidad del vehículo y las juntas del macadam en esa parte del camino, me dispuse a enfrentar la causa de mi insomnio.

Al cabo de otras dos ginebras dobles, tres alfajores y otras tantas pipas, comencé a forjar una historia en torno a los cuatro jóvenes del collage. Como soy un escritor de libros de viajes, me imaginé a los tres primeros en el auto rojo; a toda marcha por esa misma ruta, con el mismo rumbo, pero quince años atrás.

* * *

III. Un nuevo cuento

Manejaba el trigueño, con la Rubia en el asiento de adelante, y el colorado ocupaba todo el amplio asiento de atrás, recostado sobre el lado izquierdo y observando alternativamente el espejo y el paisaje: esa misma pampa interminable que yo veía, sin matices ni alturas, con la luna cromando el herrumbre de los alambrados, laberinto donde uno podría perderse tan fácilmente como en el desierto o el mar.

El surtido bargueño, empotrado detrás del doble asiento delantero, estaba abierto, y el Colorado, sin necesidad de cambiar su cómoda postura, servía los tragos, bacardíes con coca-cola para los hombres, sólo coca-cola para la mujer y, por supuesto, los alfajores Habana, que extraía de un tarro idéntico al que yo tenía conmigo, como un talismán.

En el espejo, el Colorado veía los felices rostros, las furtivas sonrisas, y esas muecas casi imperceptibles que intercambian entre sí los enamorados. Cuando uno de ellos lo miraba a él por el espejo desviaba la mirada hacia el abismo nocturno, que huía hacia atrás como un pampero² de sombras esquivas.

Era de suponer que el trigueño manejaba el "auto de papá", que la Rubia era su novia y el Colorado su amigo del alma, supuestamente enamorado de ella. Pero la fuerza de la amistad y su hidalguía le impedían manifestarlo.

En la todavía tranquila y pituca³ Mar del Plata de aquellos años, un poco antes de la conquista popular de sus playas, les aguardaban las largas vacaciones trimestrales antes de volver a clases: baños de sol y mar, almuerzos en la playa, golf a la hora de la siesta, largas cabalgatas al tardecer; de noche, casino, bailes, cine, cenas pantagruélicas; orgías en la madrugada, cuando ya la Rubia pasaba a la custodia de sus padres o futuros

2 pampero: viento propio de las pampas

3 pituca: distinguida, rica

suegros y ellos podían regalarse con las coperas de algún cabaret o las putas finas del hotel, disimuladas entre los alojados.

A pesar de todo eso, el Colorado no era feliz, y esa permanente tensión entre su lealtad al amigo y su callado amor por ella, se reflejaba en una mirada tristonza, algo huidiza, cuando osaba espiar su rostro.

- Me jugaré una luca entera al rojo en la rula – decía mientras se afanaba con los tragos y alfajores – si sale, me voy y si no sale aumento a dos y así sucesivamente hasta que se me dé. De este modo, embolsándome 1000 pesos por día, seré uno de los pocos afortunados que logran derrotar al Monstruo del Casino, así sea de a poco. El secreto está en no pasar de ese monto, una vez ganado...
- Si fuera tan fácil, ya otros lo hubieran hecho – repuso el Trigueño – la tentación de seguir jugando será grande. Además, es aburrido, mecánico, demasiado metódico.
- Y también puede fallar... - la Rubia no se dio vuelta para mirarlo, pero sus ojos se encontraron en el espejo – nada impide que se repita 50 veces el negro. Reconozco, no obstante, que tiene cierta lógica – añadió para compensar su aserto anterior;- ella siempre trataba de mediar entre ambos, conciliar sus opiniones generalmente opuestas, a pesar de su entrañable amistad. Quizá intuía la sorda rivalidad entre ambos jóvenes, y el motivo.
- Llevaré 100.000 pesos para ir subiendo las apuestas hasta obtener la diferencia – respondió el Colorado, y ella bajó la vista del espejo.
- ¿De dónde vas a sacar tanto dinero? – el Trigueño le devolvió el vaso para recibir otro trago.
- Se lo pediré a Papá, sin decirle que es para juego...

- O sea que ya hay una mentira de por medio, mal comienzo... ¿Por qué no te conformás siguiendo la racha, si te viene, y dejando de jugar cuando se te corta como hacen muchos? Esa es la mejor cábala.
- Quiero mostrar el triunfo de la lógica sobre la irracionalidad del azar; las estadísticas están a favor mío; es muy difícil que se repita un color más de 20 veces.
- Pero no imposible, y a la larga gana siempre la banca. El juego vale por la diversión misma, el suspenso; no es un sistema de hacer dinero, sino más bien de perderlo...
- También uno puede retirarse al término de, digamos, 10 veces fallidas y volver al día siguiente – terció ella, sin mirarlo, combinando tu método con el de la racha.
- ¡De ninguna manera! – contestó el Colorado con cierta vehemencia, allí es donde el diablo mete su cola y el casino gana; eso destroza la lógica impecable de las matemáticas.

A esta altura de la trama de mi cuento, garabateado a duras penas en una libreta que siempre llevaba conmigo por si acudía la Musa, el ómnibus frenó de golpe, como si algo se hubiera interpuesto en su camino, y algunos bultos que estaban en el portaequipaje a ambos lados del pasillo cayeron al suelo con gran estrépito. Muchos caímos también al piso, pero nadie parecía herido. Al levantarme, el chofer tocaba la corneta con exasperación y abrió la ventanilla para ver qué ocurría. Sólo alcancé a vislumbrar el perfil de un auto rojo, muy parecido al del collage que se escurría entre los coches hacia delante, a gran velocidad. Poco después, arribamos a la primera parada, San Nicolás de los Arroyos; cuya estación no estaba lejos de la Casa del Acuerdo del mismo nombre firmado entre las facciones en pugna en el país, hacía más de cien años.

* * *

IV. Escalas

Mientras El Dorado entraba a la dormida villa para alzar pasajeros, tuve dos deseos contradictorios: que el asiento a mi lado quedara vacío para mayor comodidad, o que fuese ocupado por una bella mujer. Esta es una fantasía clásica de los viajes, sobre todo a esa edad en que las aventuras galantes no sólo forman parte de los sueños. Pero apenas subieron dos señoras mayores que se ubicaron al final del coche.

Este se detuvo unos pocos minutos, apenas lo suficiente para estirar las piernas y permitir la instalación de los nuevos viajeros. Luego el bólido se lanzó otra vez a la rectilínea carretera, perforada por sus focos, casi el único resabio de luz que dividía la noche, ya abandonada por la luna.

El paso del macadam al asfalto, y la acumulada influencia de otros dos vasos de ginebra criolla, me permitieron cabecear un sueño hasta la parada siguiente, en Pergamino. A diferencia de San Nicolás, ésta era la verdadera parada, de tres cuartos de hora, donde se detenía también para desayunar. Un sol ya tibio al despuntar el alba agobiaba los techos bajos y las anchas calles de ésa, para mí desconocida ciudad, encrucijada de rieles y caminos.

En tales cafeterías mañaneras florece asimismo la fantasía del viajero en la forma, también ambivalente, de perder el ómnibus y quedarse varado allí por mucho tiempo, o encontrar de improviso el amor de su vida; el cual, no obstante deberá partir en otro coche, con distinto rumbo, amén de otras variantes.

Nada de eso sucedió, pero sí una extraña coincidencia que entonces no supe si se debió a algo real o a la impresión que me produjeron las figuras del tarro de marras, ya convertidas en personajes de este cuento: apenas concluido el desayuno, un cortado doble con el resto de los alfajores Habana, tres personas se sentaron ruidosamente en la mesa de al lado; una mujer y dos hombres. Sus cabellos eran similares a los de las fotos del collage, oro, miel y naranja, respectivamente, si bien con algunas canas, así como sus rasgos y figuras se veían diez o quince años más viejos. O, al

menos, eso me pareció, ya sea porque lo primero, el color, generaba en mi imaginación una suerte de efecto mimético en lo segundo, facciones y siluetas, o porque realmente eran parecidos; o, en verdad... Pero no quiero adelantarme a los hechos.

El colorado miraba a los otros dos con un dejo de aflicción casi imperceptible, mientras éstos se contemplaban arrobados. Era indudable que formaban pareja porque sus manos se entrelazaban bajo la mesa. Cuando llegó su coca-cola, el Colorado la sorbió con la misma actitud ingenua que en la fotografía, en tanto el Trigueño y la Rubia se introducían mutuamente trozos de alfajores en la boca con una terneza que debió ser insoportable para el "tercero excluido". De pronto, éste se levantó con cierta brusquedad y marchó sin decir palabra en dirección al fondo de la cafetería.

- Está celoso - dijo ella con visible coquetería.
- ¡Pamplinas! - respondió el Trigueño - habrá ido al baño, o se adelantó a pagar la cuenta, vos sabés como es... No puede estar celoso de su mejor amigo. Por lo demás, él nunca dio muestras de estar enamorado de vos.
- Es cierto; ¿pero quién sabe que pasa por su interior? A veces presiento que siempre disimuló. Algún día el triángulo tiene que romperse para bien de todos - insinuó ella apretándose contra él y luego, seductoramente, agregó en un susurro:
- Vámonos ahora y dejémoslo aquí; así comprenderá...
- ¡No puedo hacerle esto al Colorado! - contestó él con un violento ademán, arrojando sin querer al suelo, con plato y todo, la pila de alfajores que habían dejado sobre la mesa - yo miré a mi alrededor pero nadie pareció darse cuenta del ex-abrupto, o a nadie le importaba.

- ¡Ahora o nunca! – insistió ella con un notorio cambio de tono - ¡Elegí de una vez: o su amistad o mi amor; ya no podés tener ambas cosas! – Y al ver que él hesitaba lo tomó de la mano, arrastrándolo hasta un Volkswagen rojo super-sport, aunque bastante viejo, que estaba aparcado junto al El Dorado.

El vehículo arrancó con un quejido, y la capota se abrió como la caparazón de una crisálida. Al verlos partir, ya no me parecieron tan hermosos como en la imagen del tarro de alfajores o en mi relato, ni el auto rojo se veía tan relumbrante. Al rato llegó el Colorado, cariacontecido, y en seguida miró hacia el vacío donde había estado el automóvil. Se dejó caer sobre la silla con un gesto de desolación y luego sacó un revólver que tenía tras el cinturón, procediendo a cargarlo meticulosamente con las balas que guardaba en el bolsillo del pantalón. Hecho esto, lo volvió a su sitio, y se perdió entre la gente, que no parecía haber notado nada.

Recogí del suelo los alfajores que ellos habían dejado intactos, para rellenar otra vez el tarro, y regresé al ómnibus a toda prisa, temiendo que hubiese partido sin mí; pero allí estaba, esperándome fielmente, aunque yo era el último en subir de los pasajeros en tránsito. Meditando en lo que había visto y comparándolo con el inicio de mi cuento, jugué con la idea de que había contemplado el fin del relato, al cabo de una década, y con la alternativa opuesta: que ése era el verdadero comienzo; ya que a veces la realidad es más extraña que la ficción.

La entrada al coche de los nuevos pasajeros me sacó de mis disquisiciones, trayéndome la tercera sorpresa del viaje: el conocido – desconocido al que llamaban el "Colorado", (no hay pelirrojo que se salve de este mote), ocupó el asiento a mi lado. De nuevo sufrí esa ambivalencia a la que ya me he referido, esta vez entre mudar de asiento (había dos otros vacíos al fondo del coche), o quedarme allí a pesar de la incomodidad y aún de posibles riesgos: al fin y al cabo se trataba de alguien que andaba armado.

La guapa camarera volvió a traerme un par de copas con una sonrisa, contribuyendo así a serenar mis ánimos, y me quedé donde estaba en compañía de un extraño vecino de asiento al que ya consideraba un personaje de mi cuento, fuese o no el mismo del collage, diez años más tarde.

* * *

V. Extraño compañero de asiento

No se me ocurrió nada mejor para entrar en confianza, al fin y al cabo teníamos más o menos la misma edad, que ofrecerle un alfajor del tarro para observar su reacción ante el mismo. Me miró de arriba abajo como si yo fuera un animal molesto que viene a importunarlo y, sin decir palabra, volvió a sacar la pistola, procediendo a limpiarla con un pañuelo que llevaba en el bolsillo de su camisa.

Como los asientos eran altos y reclinables, sus maniobras con el arma pasaron desapercibidas, salvo para mí. Al tarro no le echó ni siquiera una mirada de reojo. En cambio, a cada rato miraba el camino por la ventanilla con evidente ansiedad. Le ofrecí cambiar de asiento para que pudiera hacerlo con mayor facilidad, y accedió con un ademán que imitaba un torpe agradecimiento. No era mudo, pues le había pedido a la azafata un ron con coca – cola, pero sí parecía parco o quizá estaba bajo la influencia de una gran tensión, como podría suponerse por lo que ya había visto.

Al cabo de un rato la camarera sirvió café y aproveché para ofrecerle nuevamente un alfajor del tarro, a lo cual accedió esta vez, escondiendo de nuevo el arma y mascullando algo ininteligible. Pero en lugar de sostener el tarro para que él sacara un alfajor, se lo pasé con la tapa puesta y no tuvo más remedio que tomarlo en sus manos. Aún antes de abrirlo, creo que se dio cuenta de lo que tanto quería mostrarle: la semejanza, no obstante los años transcurridos, entre el joven aquél de la foto y el hombre del presente. Miró el collage con atención durante un par de minutos y, todavía en silencio, sacó un alfajor; luego me devolvió el tarro, y sólo después de haber dado cuenta de ambos, confitura y café, murmuró con voz chasqueada:

- No lo sé, o no me acuerdo... Y volvió la cabeza para seguir mirando por la ventanilla hacia el asfalto bañado por el sol.

Desde mi asiento, ahora junto al pasillo, observé su perfil, que coincidía exactamente con el de la foto. Como era evidente que él prefería permanecer callado, volví a sacar la libreta para continuar mi relato, algo asustado y confuso por esa aparente irrupción de la realidad en mi ficción o, si se quiere de mi ficción en la realidad:

Al cabo de un par de horas, ya cerca de Lezama los tres amigos seguían hablando de cábalas y martingalas para "hacer saltar la banca", sin ponerse de acuerdo, cuando de pronto el enorme coche rojo detuvo su marcha.

- ¡Maldito sea! – exclamó el Trigueño – nos quedamos sin nafta... Deberíamos haber cargado en Pergamino.

Entre los dos hombres empujaron el auto hasta la vera del camino y tiraron una moneda al aire para decidir quién iría a buscar el combustible. Como no podían dejar a la Rubia sola, uno de los dos debería quedarse a cuidarla.

Echar suertes era la manera más expedita de hacerlo sin volver a entrar en otro ciclo interminable de discusiones. Le tocó al Trigueño, y el Colorado alcanzó a recordarle cuando partía:

- Traé una caja de alfajores Habana y más coca – cola que ya se están acabando. – Y la Rubia agregó:
- Y el diario de hoy para ver la cartelera de cines y espectáculos.

Era sabido que las primicias, en verano, se exhibían antes en Marpla que en Buenos Aires. El Colorado se repantigó en el asiento mirando como se alejaba el Trigueño con el bidón, y preparó el último trago de ron con apenas un chorro de coca – cola, para dejarle a ella lo que quedaba en la botella.

La Rubia no demoró en hacerle el reproche:

- Deberías haber ido vos...
- ¿Acaso no lo hemos hecho siempre así? Toda nuestra vida, desde la infancia, ha sido un juego. Nos lo jugábamos todo, desde los primeros juguetes, los útiles de la escuela, bolitas, figuritas, libros...y a todo jugábamos: naipes, dados, cara o cruz, hasta el rumbo de vuelo de un pájaro momentáneamente quieto en una rama, como hacían los antiguos griegos, ese pueblo de jugadores infatigables.
- ¿Y nunca se jugaron a las mujeres?
- Por la mujer no se juega, se lucha... Y de sobra te consta que tampoco nos hemos peleado por vos. Siempre fuiste la chica de mi mejor amigo y yo nunca me hubiera atrevido a disputársela.
- ¿Aunque te murieses de ganas por hacerme la corte?
- Aun así...
- ¿Por qué?
- Porque la lealtad a un amigo vale más que cualquier mujer.
- Jamás comprenderé a los hombres; yo sería capaz de quitarle el novio a mi mejor amiga, si estuviera enamorada de él.
- ¿También harías lo posible para que yo desaparezca, verdad?
- Ahí te equivocás, prefiero estar entre ustedes, tenerlos a ambos cerca, de alguna manera, así como en la escuela nos sentábamos, a veces, los tres en el mismo banco.
- Y vos en el medio...

- Como una reina. ¿Nunca te tentó la idea de ser el rey?
- Estamos hechos de distinto material: el hombre de la tierra, la mujer de su costilla, pura carne y sangre.
- Te estás desviando del tema para no contestar a mi pregunta. ¿No quisieras ser el rey, aunque sea por un día, por una hora?
- ¿Me estás provocando? No te valdrá de nada. Mi amistad es más fuerte que tu seducción...

En el Dorado, mi extraño vecino dio un respingo; había visto, y yo de reojo, al auto de sus amigos pasando como una exhalación junto a la ventanilla; se levantó como si quisiera bajarse, aunque la próxima parada estaba lejos, y fue tambaleándose por el pasillo hasta el sitio del chofer.

Allí sacó la pistola y se la puso en el cuello, susurrándole algo al oído. Nadie escuchó lo que le dijo y muy pocos se dieron cuenta de lo que pasaba. El ómnibus paró en seco para que bajara el Colorado. No volví a verlo hasta la noche en el lujoso Casino Provincial, frente a la Playa Bristol.

Para refugiarme del embate de la realidad, volví a mi cuento:

- Eso es lo que vos te creés – la Rubia se sacó la blusa dejando ver sus pechos pequeños, como ciruelas, totalmente dorados por el sol, y bajó las cortinas de las ventanillas.

Luego se alzó la pollera para pasar al asiento de atrás, y él sintió el olor de su deseo impregnando el aire sofocante. Sentada a su lado, se despojó del resto de las ropas, mientras él se obstinaba en clavar la vista sobre el parabrisas, que temblaba por el paso incesante de los vehículos en la carretera. El Colorado resistió heroicamente sus intentos de desvestirlo, y trató de inmovilizarse para no sucumbir a sus nada torpes toqueteos.

Pero cuando la joven, harta de probar sin éxito, le gritó: "¡Maricón, impotente, ahora lo entiendo todo...", no aguantó más y la tumbó sobre el asiento, poseyéndola con una furia que rayaba en la violación; sin pasión y sin ternura, ni besos, ni caricias, como vengándose de tantos años de tortura y contención, o de su reciente ruptura de las reglas del juego. Desolada e insatisfecha, ella se cruzó al asiento delantero para vestirse, y él empujó la botella de ron hasta acabarla.

Al rato llegó el Trigueño con el bidón a cuestas, y se dio cuenta de que algo raro había ocurrido entre ellos; silenciosos y rígidos, no se miraban ni se dirigían la palabra.

- ¿Qué es lo que pasa - barbotó - por qué están tan enojados?
- Nada, discutimos un poco... - contestó el Colorado poniéndose más rojo aún.
- Después te contaré... - murmuró la Rubia con un dejo de amenaza en la voz.

El trigueño no insistió, y le pidió a su amigo ayuda para cargar el tanque vacío. Este salió del coche y le dijo en voz alta, para ella oyera:

- Nos peleamos por una pavada, como niños; ya se nos pasará...
- Mejor así - respondió el otro crípticamente, y no volvió a tocar el tema. El resto del viaje transcurrió en medio de una tensión eléctrica, como de tormenta en ciernes, y los tres presintieron que el triángulo estaba pasando por una dura prueba...

En Junín, antigua tierra de fortines y cautivas, última estación del trayecto antes de Marpla, El Dorado paró una hora entera para almorzar. No en una posada del camino como a la hora del desayuno, sino en pleno centro de la ciudad, frente al restaurante de un hotel de cinco estrellas. Allí volvió a

embargarme la fantasía del encuentro con la mujer soñada, pero esta vez
aquella se hizo realidad.

* * *

VI. La joven que subió en Junín

Apenas ubicado en una mesa, a la que me guió un mozo con guantes blancos y moñito, se acercó una joven muy bella, de porte aristocrático y delgada silueta, melena oscura y enormes ojos negros. Sentándose a mi lado, aunque había muchas mesas vacías, susurró con la voz más encantadora que yo había oído nunca:

- ¿Puedo?
- Por supuesto -atiné a decir, asombrado. Un poco tarde, pero al fin se cumplía mi ilusión de la dama misteriosa. Esta lo era por partida doble, y a menos que otra vez mi fértil imaginación me estuviera jugando una mala pasada, era igual a la otra joven del trasfondo del collage, la morena de los ojos como rubíes, pero en cuyo rostro no parecía haber pasado el tiempo.
- "Me estoy volviendo loco" – pensé con pavor – "o simplemente he bebido demasiada ginebra". Opté por esta última, más factible y placentera solución y, para soslayar toda otra duda, así como para vencer mi timidez, la invité a almorzar.
- Gracias, muy gentil, -contestó- aunque este agasajo ya está cubierto por El Dorado, que cumple hoy un año de existencia y merecido éxito. Pero acepto, de todas maneras, compartir su mesa.
- ¿Es Ud. de la Compañía?
- No, sólo soy una mensajera ocasional. Pero encarguemos ya los platos para poder subir al ómnibus a tiempo.
- ¡Ah! ¿viaja también a Marpla? No podía creer en mi buena suerte.

- Hoy todos viajamos a Marpla –dijo crípticamente, agrandando aún más sus extraños ojos.

Me quedé embobado, mirándolos, mientras el mozo, que se había acercado sigilosamente, se aprestaba a tomar el pedido:

- Les recomiendo el Chupé de mariscos como entrada, y luego un bife de lomo a la poivre, ambas especialidades de la casa.
- Sea -dije- sin poder apartar mi mirada de la hermosa desconocida.
- Y seguramente querrán vino -insistió el mozo- blanco primero y tinto después.
- Traiga lo mejor –le contesté para que se fuera de una vez.
- El postre lo elijo yo -dijo ella seductoramente, y se desabrochó un botón de la blusa, dejando entrever sus pequeños pechos cónicos, enhiestos y duros. Debajo de la mesa, nuestras piernas se entrelazaban como si bailaran un tango silente.
- Bailémoslo de verdad –sugirió ella, y el mozo apareció al instante, trayendo los vinos y seguido por una orquestilla típica, que desgranaba tangos, milongas y valsecitos criollos

Bailamos apretados, a “media luz” y amurando⁴, como se dice en lunfardo,⁵ hasta que, en un cambio de pieza, yo le pregunté:

- ¿Quién es Ud? Por un lado es como si la conociera de hace tiempo; por el otro, recién hoy la vi pintada en un envase de

4 amurar: acariciarse

5 lunfardo: argot argentino

alfajores Habana. –Y palpé el bolsillo del saco para saber si tenía el tarro, pero lo había dejado en el ómnibus

- Me lo contará luego, durante el viaje, afirmó con decisión, y tomándome de la mano me condujo escaleras arriba hacia los dormitorios del hotel. Parecía una maga, porque abrió la puerta de una suite sin llave alguna, y las luces se encendieron a su paso. Se desnudó rápidamente, metiéndose en la cama con dosel y baldaquinos, de estilo colonial. Yo hice lo propio, perdidas ya todas las inhibiciones, y ella apagó las luces a su modo, sin tocar nada.

Hicimos el amor durante un rato indefinido, que pudieron ser horas o unos cuantos minutos. Fue la experiencia amorosa más extraordinaria que jamás he tenido: vertiginosa y tranquila a la vez, lúcida y onírica al mismo tiempo, cual una feliz mezcla de verdad y sueño.

Cuando fumábamos un cigarrillo a medias, todavía a oscuras, dijo suavemente:

- Pronto deberemos partir, so pena de perder el ómnibus...

Hubo tiempo, empero, no sé cómo, para dar cuenta del delicioso almuerzo, que ni siquiera se había enfriado, e incluso acabar con el postre que ella eligió: fresas silvestres con crema, antes de subir al ómnibus, abrazados como novios. Todos estaban ya sentados, mas nadie pareció molestarse por la presunta espera, y El Dorado retomó su camino como si nada hubiera ocurrido.

Una vez ubicados en mi asiento doble, con sendas tazas de café que trajo la solícita camarera, hice lo mismo que había hecho con el Colorado: ofrecerle alfajores. Ella aceptó encantada, y, esta vez, no tuve que indicar nada. Tomó el tarro en sus manos y exclamó:

- ¡No puedo creerlo, esa foto tiene más de diez años!

- ¿Se reconoce Ud. en ella? –A pesar de todo lo ocurrido, no me animaba aún a tutearla.
- ¡Desde luego! Fue cuando la apertura de la fábrica Habana, que coincidió con el debut de la Coca-Cola en Mar del Plata. Yo era entonces una piba de quince...

No sé si sentí alivio o más temor aún, o ambos a la vez; ya había sido bastante encontrarse el mismo día, en el mismo viaje, con los protagonistas de una escena del pasado, quiénes, además, se habían convertido en personajes de mi relato. Opté de nuevo por la aparente realidad y la piropié de la manera más casual y argentina posible:

Pues sigue siendo tan linda y tan “piba” como en la foto... - y ella lo era de verdad. Sos ojos, de un negro azabache con curiosos ribetes cobrizos, parecían rojos en la semipenumbra generada por los vidrios tornasolados del ómnibus.

- Gracias... Pero me gustaría volver a ser como el día de la foto...
- ¿Recuerda entonces al trío que estaba delante suyo? – y le mostré sus figuras en el tarro.
- Por supuesto, fuimos a la misma escuela en Buenos Aires y pasábamos las vacaciones en playa Bristol; los llamábamos el "Trío" indisoluble. Los dos estaban enamorados de ella y ella de ambos, a su modo...
- Todo parece cobrar sentido ahora, aunque no dejo de pensar que hay aquí algo raro, fuera de toda explicación – Y le conté lo acaecido desde el comienzo; leyéndole, incluso, las partes ya escritas de mi relato.

Se quedó pensativa un rato, y dijo con una sonrisa que no estaba en la foto y la hacía más bella aún:

- Concuerdo con Ud. en que todo esto es extremadamente confuso y parece cosa de novela; como si nos hubiéramos dado cita en un recodo del tiempo, a causa de un embrujo practicado mediante este tarro de alfajores. Pero, siendo escritor, sabrá que a veces el límite entre la realidad y la ficción es impreciso o inexistente, como ahora...
- Eso es verdad y no me preocupa; lo que me horroriza es haber pensado que estaba perdiendo la razón o veía visiones.
- Ni lo uno ni lo otro. Tampoco lo que ha tomado amerita pensar en un delirio o mera beodez. Y, desde su llegada a Junín, va a tener que incluirme a mí entre los personajes de su cuento -insinuó- y mi aparición será el punto en que los dos relatos de funden y se combinan, pero aún no le diré por qué ...
- Lo suponía, pero cuando me lo diga, será el premio por haber pasado esta odisea con personajes cruzándose por el tiempo, de la que no me arrepiento. Pero necesito saber más de Ud y del Trío, son todavía demasiado abstractos mí.
- No crea, a ellos los ha pintado bien como "hijos de papá", eso es lo que fueron todos estos años. Ninguno de los tres trabaja o estudia, ni lo han hecho, fuera del período del Colegio; han heredado las fortunas de sus padres, que son cuantiosas, y otros las mantienen para ellos. Se lo pasan de juerga en juerga, de viaje en viaje, y lo único que los apasiona es el juego. A eso van a Mar del Plata todos los veranos. En cuanto al "triángulo", su escena del auto rojo es totalmente posible...
- Espero que no sea así lo de la pistola...

- El Colorado, para conservar los nombres que Ud. les puso, anda armado desde que yo lo conozco. Desconfía de sus familiares que envidian y desean su herencia. Los tres son frívolos, mimados por la suerte y un poco aburridos de la vida; lo más noble es la amistad entre los dos varones y su drama es el triángulo mismo que los une y los separa a la vez, como bien lo ha adivinado. Para mí, Ud. es el más milagroso de todos...
- ¿Y Ud., la misteriosa pasajera que subió en Junín, la de las pupilas rojas?
- Yo prefiero conservar mis secretos, por ahora... ¿Cómo me nombrará en su cuento?
- "La Morocha", para seguir la línea.
- Me gusta. A mí me basta con llamarlo "El Escritor", y no me desagradaría ser el personaje más querible, la "heroína".
- Ya lo es – alcancé a decirle cuando entrábamos en Marpla, y ella se levantó para recoger su valija que estaba bajo el asiento.
- ¿Quiere saber cuál será el escenario de la segunda parte de su cuento? – me dijo por todo saludo – venga esta noche al Casino Provincial, allí estaremos todos...
- Allí estaré –le respondí sin hesitar, a pesar de que en ese momento me acordé de las prevenciones de la Bruja Betsabé.

* * *

VII. Los demonios del juego

“Sólo es nuestro lo que perdimos”

Jorge Luis Borges

El famoso Casino Provincial, mucho más lujoso que el Popular, a pocas cuadras de distancia sobre la Rambla, con sus alfombras rojas y salones rutilantes, arañas de Bacarat y croupiers vestidos como gentlemen ingleses para una fiesta de gala, ostentaba toda su majestad y buen gusto.

Los jugadores también se engalanaban para arriesgar su dinero, con las mejores prendas, y el aire olía a perfume y a buen tabaco; pero sin erradicar el viejo olor del mar que entraba por los ventanales abiertos de los balcones, señoreando la playa. Las mesas de ruleta alternaban con las de punto y banca u otros juegos de naipes y una pléyade de camareras pasaban ofreciendo bebidas y cigarros. En el mismo casino había un lujoso restaurante que permanecía abierto hasta la madrugada, siempre repleto.

Deambulé entre las mesas apostando unos pesos de vez en cuando, pero lo que más me atraía eran los rostros de la gente: suspenso, alegría desilusión, ansiedad; las manos, aun las suaves manos femeninas, se convertían en garras al tomar las fichas, en alas al soltarlas.

Los demonios del juego transformaban a gran parte en bestias fabulosas, aun si por fuera mantenían una poker face; y de aquéllas, las que se quedaban sin dinero, hubieran sido capaces quizá de matar para conseguirlo en ese preciso instante, presintiendo incluso que lo perderían todo otra vez.

Contemplar la ordenada jungla del "Homo Ludens" me resultaba más interesante que el juego mismo. Se parecía, en cierto modo, al teatro griego. Si bien había algunas sonrisas de comedia predominaban las muecas de tragedia, con las comisuras hacia abajo, y había una sutil atmósfera de culto, con sus sacerdotes de negro, sibilas, oráculos y un sinfín de víctimas para el sacrificio.

Encontré a los cuatro en una mesa de ruleta donde eran los únicos apostadores. La Morocha hizo las presentaciones y reiteró los pseudonombres literarios.

- El Escritor, el Trigueño, la Rubia, el Colorado – este último ni siquiera atinó a reconocer que ya nos habíamos visto. Noté que los hombres, al principio, no hablaban entre sí, ni la Rubia con el Colorado. Le pregunté al Colorado que tal le iba con su sistema, y me contestó que aún no había comenzado a jugar. La Rubia ponderó la magia, el Trigueño la precognición, la Morocha la Telequinesis:
- Lástima que aquí no hay dados, yo he ensayado con máquinas arrojadoras y mis "movimientos" superaron el cálculo de azar.
- Puede probar con la bolilla de la ruleta – le dije – tiene que ser similar en cuanto a aciertos y errores.
- Más certero e impresionante es el palpito del número o el color, se le aparece a uno como flotando en el aire, delante de los ojos, insistió el Trigueño.
- ¡Pamplinas! – el Colorado llamó a una moza que vendía cigarros y cigarrillos y todos le compramos algo – la única manera de vencer al azar es con el pensamiento racional, como hicieron esos jóvenes matemáticos ingleses mediante sus cálculos sobre los rulemanes de las mesas.

- Y después no pudieron entrar a ningún Casino – la Morocha le pidió que enviara a la que ofrecía licores – y ahora está prohibido entrar con libros o cuadernos.
- Luego de hacer saltar la banca varias veces; ¿qué les importaba? – el Trigueño observó de soslayo a la Rubia que le devolvió una mirada fatal. Cuando llegaron las bebidas logré hacer un aparte con la Morocha, y salimos al balcón a escuchar el rumor del mar.
- Adivina adivinador – dijo ella pasando al voseo repentinamente - ¿qué pensás que ha pasado con el Trío?
- Los hombres parecen distanciados y ella maneja la situación, decidida a romper el triángulo, como ya lo insinuó en San Nicolás.
- Bien dicho, y más aún después del incidente del auto rojo...
- ¡Pero eso sólo aparecía en mi cuento!
- Ya te previne que, desde Junín, ambos relatos se entrelazaban...

Nuevamente un ramalazo de horror recorrió mi espalda; pero ella se veía tan hermosa, enfundada en su vestido negro de fiesta, con flecos talaes y el amplio escote bañado por la luna, que olvidé mis aprensiones, agregando:

- Mas no es eso lo que al fin sucederá. La férrea amistad de los dos amigos busca la manera de prevalecer...
- Si lo dice el autor, así deberá ser... Salvo que cambiés de opinión...
- Me hacés sentir como si yo fuera quien realmente maneja las vidas de todos. Pero éstas sólo pertenecen al Creador con mayúscula; el creador con minúscula apenas si puede imitarlo sobre el papel, fraguando historias inciertas.

- Que a veces son imitadas por la realidad, como bien lo sabes...

No atiné a contestarle, porque yo mismo no entendía lo que estaba pasando, y no me conformaba con suponer que eran raras casualidades. Pero los dos relatos, el que ocurría y el que yo redactaba, se convirtieron en uno solo, tal como ella lo había afirmado; y desde aquí, donde yo me di cuenta, el texto continúa en negrita cursiva:

Volvimos a la mesa de juego en el momento en que el Colorado hacía su apuesta: mil pesos al rojo; la bolita dio varias vueltas y pegó en el borde de dos números, uno negro y otro rojo, antes de caer en el casillero verde del cero. El Croupier recogió todas las fichas con suma velocidad, salvo las pocas que lindaban con el número de la banca; ni siquiera le habían aportado un “pleno”.

- Ustedes me trajeron yetta (mala suerte), ¿por qué no vuelven al balcón?
- ¿No era que no creías en magias ni supersticiones? – repuso la Morocha implacable –
- “Lo cortés no quita lo valiente” – respondió el Colorado, sin que el proverbio viniera al caso, y dobló su apuesta.
- “Negro, el 17” – cantó el Croupier – y el Colorado maldijo por lo bajo. - ¡Gané! – exclamó el Trigueño; él había coronado ese número con fichas, además de las que pusieron adentro – lo vi patente, siempre le juego porque es el día de mi cumpleaños...
- La Rubia sacó de su cartera un pequeño naipe del Tarot Egipcio, similar al de la Bruja Betsabé, y lo fue abriendo en abanico sobre su mano izquierda.

- “Los Gemelos” – murmuró al cabo – 11, 22 ó 33 – y alcanzó a cubrir los tres números antes de que el Croupier anunciara:
- ¡Negro el 22! –
- El Colorado maldijo en voz alta, mientras la Rubia, gozosa, embolsaba sus ganancias. Entonces entró a tallar la Morocha, y en la próxima jugada se concentró mirando la bolilla desde que el Croupier la arrojó, apoyándola sobre el declive de madera en cuyo fondo lucían los números encasillados, hasta que entró finalmente en una de esas casillas, como marcando un destino. Antes de concentrarse, ella me dijo: Haré que vuelva a salir el cero, y lo cargó con la máxima apuesta posible. Yo vi como la bolilla rebotaba en dos o tres casillas, y luego de dar una vuelta entera en sentido contrario se metía subrepticamente en el cero.
- La Morocha repitió la hazaña varias veces y todos la seguimos, incluso el Colorado, hasta que saltó la banca. El rojo no se dio en toda la noche pero el Colorado se dio el gusto de su vida, que era derrotar al Casino.
- Curiosamente, a pesar de los momentos dramáticos de la mesa, no se acercó nadie a observar el juego, como solía ocurrir. Cuando todos estábamos “forrados” de plata, fuimos a cenar “como duques” al Restaurante del Casino. De sobremesa, y a pedido de la Morocha, se contaron anécdotas del pasado, en Buenos Aires y Marpla:

* * *

VIII. Reminiscencias

- El Colorado era el “enfant terrible” de la clase en el Colegio, y se ensañaba sobre todo con las chicas -comenzó la Rubia- yo era su víctima preferida y solía meterme la trenza en el tintero del banco de atrás, donde él se sentaba a veces. La tinta chorreaba sobre el guardapolvos blanco como sangre azul. Durante el recreo, en venganza y para defenderme, el Trigueño le desparramaba los “útiles” y cuadernos por toda el aula; pero no se trompeaban ni yo me enojaba demasiado porque éramos carne y uña, un triángulo inseparable en el cual la amistad de los “catetos” primaba sobre todas las cosas, y la “hipotenusa” no podía rebelarse so pena de romper el triángulo.
- Hubo una ocasión, dos o tres años más tarde, durante las vacaciones de invierno, en que casi se rompe mi amistad con el Colorado -el Trigueño hizo crujir el cigarro entre sus dedos antes de encenderlo- Fue en una de esas carreras de autos que solíamos organizar en la vecina Miramar, entonces un pequeño pueblito con calles de tierra, cuyo mayor encanto, además de las playas inmensas, casi vacías, a diferencia de Marpla, era un casino en miniatura, pero muy acogedor y no demasiado concurrido. Las carreras, peligrosas y bastante crueles, eran un “vale-todo” en la costanera que lindaba con el mar. Nos encontrábamos al borde de una playa solitaria a las diez de la noche, hora en que todo el mundo estaba en el casino, después de haber jugado allí desde las seis de la tarde, cuando abrían. La tierra arenosa, a menudo húmeda por la “novela ola”, la más extendida en el reflujó, hacia resbalar las ruedas. Y la casi completa oscuridad, salvo en noches de luna llena, podía causar choques y accidentes, así como un final de

juego con los automóviles varados en la arena de la propia costa. El “vale todo” consistía en hacer cosas que pudieran detener o retrasar a los adversarios, pero sin poner en peligro a nadie; ya que corríamos a menudo en plena oscuridad y a 120 Kilómetros por hora. Aquella noche, volábamos como siempre en el coche rojo y no había luna, pero la marea se sentía en el vaivén de la sangre. Los trucos eran más peligrosos en las noches sin luna, y “ésta” - dijo señalando a la Rubia- sin ningún escrúpulo ni necesidad alguna, parándose en el asiento trasero del Sport descapotable, se desnudó alumbrándose con una linterna, dejando totalmente al descubierto sus pechos, que brillaron como súbitas lunas. A causa de ello, una “limousine” manejada por un joven desconocido que corría a unos metros detrás nuestro, ya que el Sport Rojo era inalcanzable, perdió su rumbo y se hundió en el mar, debido a la velocidad que llevaba. Paré el coche y me lancé al agua para ayudar al que estaba en el volante, pero éste y su automóvil desaparecieron bajo el oleaje sin dejar rastros. Al volver, luego de una búsqueda infructuosa que duró un largo rato, “ella” -dijo sin mirarla- estaba todavía desnuda y el Colorado la observaba embobado; ninguno de ambos se mosqueó siquiera por la desgracia que acababa de suceder. Ni bien me vio llegar se cubrió el torso, y rompió a reír, mientras el Colorado bajaba la vista y decía, compungido: “Nos quedamos pasmados, sin saber qué hacer, pero ella no tiene la culpa...” Era la primera vez que él la defendía y no yo. Fue por esto último, por ese súbito cambio de papeles que no se volvió a repetir, que me enojé con él y estuve un mes sin hablarle. Y a ella, la increpé por lo que había hecho: “Si no fuera por vos -le dije- el muchacho de la limousine todavía estaría vivo”. Al otro día nos amigamos de nuevo y yo admití, contra mi voluntad, que había sido

un accidente. Ese mismo día fuimos ambos a dar parte a la policía. Ellos rastrearon el lugar minuciosamente sin hallar el cadáver ni el vehículo. Obviamente, las carreras en Miramar se acabaron para siempre. Me pregunto si ella no tuvo sentimientos de culpa...

- Los tuve, -contestó la rubia, acongojada- pero más por haberme quedado desnuda frente al Colorado, debido al susto, que por el accidente. Un vale todo es un vale todo, ¿verdad?

El Colorado la miró con odio pero nada dijo. La Morocha, entonces, sacando subrepticamente el tarro de alfajores de su cartera, que no me explico cómo fue a parar allí, dijo tristemente:

- No fue ésa la única desgracia provocada por esta mujer. Algunos años después, el mismo día en que nos sacaron la fotografía que aparece en el tarro, tomada bajo el techado de la primera fábrica de Coca-Cola en Marpla y frente al quiosco de los alfajores Habana, hubo otra tragedia. La chica que aparece en la foto detrás del triángulo, a quién conocían los tres muy bien, por ser una condiscípula del colegio donde todos estudiaban, se unió a ellos después de la merienda con Coca y alfajores, para dar un paseo en el Sport rojo. Fue invitada por el Colorado, con el mero objetivo de darle celos a la Rubia, y todos fueron al acantilado a cuyo pie se encuentra la Playa de los Ingleses en Marpla, un clásico mirador sobre el mar. La chica estaba veraneando sola, y aceptó la invitación para estar en compañía de gente conocida. El Colorado empezó a cortejarla a ojos vista y en voz alta, lo cual demostraba sus propósitos, ya que no intentó separarse de la pareja en ningún momento. La chica no respondió a sus requiebros, y salía del paso con humor y elegancia para no ofenderlo. Pero la Rubia no lo entendió así, y en un momento en que

ambas jóvenes se quedaron solas, porque los varones habían ido hasta el auto a buscar bebida fuerte, la Rubia hizo como que tropezaba con una piedra y, trastabillando, empujó a la otra al abismo. Su cuerpo exánime fue abandonado sobre las rocas de la playa, allá abajo, y ninguno de los tres vino a auxiliarla, ni a comprobar si aún vivía. Ni siquiera el Trigueño se animó a intervenir, como lo había hecho años antes, sin duda aleccionado por su complicidad en el crimen anterior. La Rubia, experta en convencerlos a ambos, los indujo a “hacerse humo” para que no les echaran la culpa. Poco después, unos nadadores la vieron y trataron de llevarla al hospital, pero ya era demasiado tarde.

Luego de un minuto de estremecido silencio, el Trigueño, con la voz tomada, lanzó la pregunta que estaba en boca de todos:

- ¿Cómo sabe Ud. todo eso? ¿Acaso la chica sobrevivió? -
inquirió esperanzado.
- ¡Aquello también fue un accidente! –gritó la Rubia,
desesperada, y tomó su cartera como para huir de allí

Por toda respuesta, la Morocha les pasó el tarro de alfajores diciendo:

- ¿Todavía no se dan cuenta?

* * *

IX. Final de juego

Confuso y lleno de furor, el Colorado se decidió a hablar, sacando afuera lo que más lo perturbaba y había guardado para sí hasta ese momento:

- ¡Yo no sé quién es Ud., ni me importa, pero ha llegado la hora de las aclaraciones! - Y dirigiéndose a la pareja, les preguntó a boca de jarro: ¿Por qué me abandonaron en San Nicolás?

El Trigueño y la Rubia se miraron sin saber qué decir, y aquél balbuceó una supina respuesta:

- Fue una broma, no lo tomés a mal...
- ¿Una broma dejarme varado en ese pueblo infame, y obligarme a viajar en ómnibus?
- Es cierto - la Rubia se plantó entre ambos y rió socarronamente - ¿Acaso no te alzamos otra vez en la ruta antes de llegar a Marpla?
- Porque los amenacé con el revólver...
- No deberíamos haber parado - acotó ella dirigiéndose al Trigueño.
- Eso hubiera sido demasiado - repuso éste - como broma pesada ya era suficiente...
- No era una broma en absoluto - el Colorado sacó de nuevo el revólver - Esta puta quería quebrar nuestra amistad, después de que me obligó a acostarme con ella y no le salió bien.
- ¡Mentiras! - gritó la Rubia - él me violó en el auto cuando vos te fuiste a buscar la nafta.

- ¿Quién dice la verdad? – el Trigueño miró a ambos a los ojos.
- Los dos... se adelantó a decir la Morocha con su voz armoniosa – ella trató de seducirlo sin éxito y lo obligó a violarla mediante un insulto atroz.
- Puedo imaginarme cuál – el Trigueño se abalanzó sobre el Colorado y le quitó el arma – lo que no me explico es por qué demoró tanto tiempo en suceder...
- “Todo tiene su tiempo y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora” – sentenció la Morocha citando al Eclesiastés, y yo empecé a barruntarme lo que estaba ocurriendo...
- Ya antes lo hice con muchos otros – clamó la Rubia, vengativa – pero a quien quise siempre en secreto fue al Colorado...
- Eso también es falso – barbotó éste, lo que realmente querías era desmembrar el triángulo y nunca pudiste hacerlo.
- Te creo – murmuró el Trigueño y disparó certeramente al pecho de la Rubia.
- “Tiempo de matar” – dije haciéndole eco a la Morocha.
- “Tiempo de buscar y de perder” – confirmó ella observando al Colorado de soslayo – tiempo de guardar y tiempo de desechar” – completó el versículo volviéndose al Trigueño.

Éste y el Colorado, llenos de asombro, se dieron cuenta de que, a pesar del ruido del balazo, nadie venía de las otras mesas del restaurante ni se daba

por enterado del crimen. Con los ojos hipertrofiados por el miedo, desaparecieron de lo que era, al fin y al cabo, sólo un escenario.

Antes de esfumarse, a su vez, la Rubia observó con atención el tarro de alfajores que les había pasado la Morocha, y captó el parecido entre la joven de la foto y la que estaba delante suyo. Entonces, musitó con las pocas fuerzas que le quedaban:

- Ella murió, no pudo sobrevivir cayendo desde esa altura...
- Es verdad -repuso la Morocha- pero no cayó, vos la empujaste haciendo como que tropezabas. También el otro crimen fue intencional, y éste te fue más fácil porque ya habías cometido uno. Además de los celos con respecto al Colorado, sin duda injustificados, en el fondo querías provocar una desgracia, algo que rompiera la monotonía de tu vida, presa entre pasiones insatisfechas. Por lo menos hoy has tenido suerte en el juego, lo que implica no tenerla en el amor , como reza el adagio. En verdad, nunca has tenido suerte en ninguna de las dos cosas. Yo tampoco, hasta ahora, pero hoy tuve suerte en ambas...
- ¿Pero quién sos? No entiendo nada...
- Yo no puedo decírtelo, tendrás que enterderlo sola, Tu problema es que no quieres entender, y ése es también tu castigo, porque ya es hora de partir...
- “Tiempo de partir” -repetí volviendo al Eclesiastés, y presintiendo lo que había ocurrido casi desde el comienzo del viaje.
- Tiempo de nacer y tiempo de morir”⁶ – concluyó la Morocha y entonces lo entendí todo, al tiempo que todo

6 Eclesiastés, III – 1 y ss.

volvía a cambiar, y estábamos de nuevo, los dos, sentados en el asiento de El Dorado...

- ¿Vos ya lo comprendiste, no es cierto? – dijo sonriendo como un ángel, y supe que eso era ella, una suerte de ángel, vengador por un lado, piadoso por el otro, que vino a ayudarnos a recorrer el último trecho del viaje entre la vida y la muerte; porque todos los demás habíamos perecido en el choque del ómnibus con el auto rojo antes de llegar a San Nicolás, cuando cayeron las cosas del portaequipajes. El resto no era más que el tránsito hacia el mundo del más allá, final de todos los viajes y principio de otros. Asintiendo, le pregunté a mi vez, casi cegado por su belleza celestial:
- ¿Y el tarro de alfajores?
- Fue la premonición del día de tu muerte, o, si se quiere, del primer paso a una nueva vida.
- ¿Hay muchas? – le pregunté ya sin temor.
- Incontables; hasta que el tiempo se haya consumado y cese, como bien lo sabía el Rey Salomón, autor del Eclesiastés, señor de hombres y misterios. El sólo pidió la sabiduría, y obtuvo lo demás por añadidura.
- ¿Y vos estarás junto a mí en alguna de esas vidas?
- Sí. También hay premios, no sólo castigos, y todas las fantasías se cumplen, comenzando por las de hoy...

Epílogo

Mi novela debió haber concluida en la página anterior, pero al ver que yo estaba ansioso por algo, la angélica Morocha sugirió:

- Largá lo que todavía te queda en el tintero...

Y antes de que El Dorado se hundiera en una noche más dorada aún, que ya se perfilaba en el horizonte, hubo tiempo para ese último diálogo con la Morocha:

- ¿Qué pasará con mi manuscrito?
- Me imaginé que era eso lo que te preocupaba. No temas, alguien, dentro de un par de años, lo publicará en forma de novela corta. Yo lo dejaré en el lugar adecuado para que eso suceda...
- ¿Puedo saber algo más?
- Esa edición será el comienzo de tu fama póstuma, y toda tu obra anterior será también impresa y valorada, gracias a este último escrito. Tendrás un lugar en otro “limbo” inmortal, el de la literatura. ¿Es lo que siempre soñaste, no?
- Sí, como todo escritor. Y vos también (o la Morocha) serás un personaje que vence al tiempo.
- Eso halaga mi vanidad, que no es mucha, pero lo que más me reconforta es la justicia, el triunfo de la justicia. Ambos nos merecíamos estos premios, incluso aquella hora de amor que perdurará en otros “regresos”, aunque lo hayamos pagado con el alto precio de una prematura muerte...
- “Otros regresos”, ¡qué bello suena! Es el Guilgul Ha-Neshamot de los cabalistas de Safed, metempsicosis, o

transmigración de las almas. ¿Acaso para reparar todas las faltas cometidas en las anteriores reencarnaciones, hasta el día de la Redención, es decir, la resurrección de todos los muertos y el juicio final?

- Esto no puedo decírtelo, pero también lo sabrás cuando llegue el momento...
- ¿Y qué pasará con el “triángulo”, o, mejor dicho, con sus almas, irán a la Gehena a cumplir un castigo?
- Tampoco puedo revelártelo. Quedáte con la fantástica idea de la “Reparación Sucesiva”, o Tikún, de los cabalistas que has mencionado; sobre todo la del Rabí Isaac Luria, su Maestro más sabio, que es una de las menos arbitrarias...
- Esto me hace recordar otra vez a Borges, quien afirmó, cautamente, algo así como: “No podemos ser tan ingenuos o soberbios como para creer que nuestras imágenes del cielo y el infierno son verdaderas; pero tampoco tan pesimistas para pensar que ni siquiera algún rasgo, por más intrascendente que sea, no se acerque a la verdad...”

Ella no respondió a esta postrera insinuación, y contestó con otra pregunta:

- ¿Qué título le pondrías al libro, a “nuestra” novela?
- “El tarro de alfajores”, y estaría dirigida a los jóvenes; ¿te gusta?
- No podría ser mejor...

Y llamamos ambos, porque el Omnibus ya estaba llegando a la niebla dorada. Después de escribir el “Epílogo”, a lo que ella aguardó sin prisa, le entregué la libreta, escrita hasta su última página. La guardó en su corpiño, como si fuera un tesoro.
